

Differenz

Revista internacional de estudios heideggerianos y sus derivas contemporáneas

NÚMERO 11, 2025. ISSN 2695-9011 - e-ISSN: 2386-4877 - doi: 10.12795/Differenz.2025.i11.10 [pp. 193-207]

Recibido: 16/04/2025 – Aceptado: 20/06/2025

El hombre, la libertad y el desarrollo del Yo en la obra de Martin Buber y de Søren Kierkegaard

The man, freedom and development of the self-according Martin Buber and Søren Kierkegaard

Stefanie Arca Garrido Loureiro

Universidad de Salamanca

Resumen: Ese artículo presenta un análisis respecto la libertad del hombre, el desarrollo del yo y la presencia de Dios –desde obras de Buber y de Kierkegaard. Según Buber, cada persona es única y cuando pronuncia Yo-Tú, su alma gana un grado más alto de fusión. Así, desarrolla su Yo hacia la plenitud. Para Kierkegaard, el hombre desarrolla su Yo cuando deseando ser sí mismo profundiza en sí mismo. Para sendos filósofos, el desarrollo del yo es responsabilidad de cada persona, el hombre es libre para decidir. Y el que desarrolla su Yo y va hacia Dios, alcanza el desarrollo máximo.

Abstract: We present an analysis concerning the freedom of the man, the development of the self, the presence of God –in the works by Buber and Kierkegaard. According to Buber, each person is unique and through pronouncing I-Thou, your soul gains a higher degree of fusion. In this way the self can develop until the fullness. For Kierkegaard, the man develops his self when wants be himself deepens in himself. For both philosophers, the development of the self is each person's responsibility, the person has freedom to choose. And man that develops his self and go until God reaches total development.

Palabras clave/Keywords: Kierkegaard; Buber; Libertad (Freedom); Dios (God); Alma (Soul).

1. Introducción

En este artículo voy hacer un breve análisis respecto la libertad del hombre, el desarrollo del Yo y la presencia de Dios, desde las obras de Martin Buber y de Søren Kierkegaard. Y desde esos temas acercar esos dos filósofos. Desde creencias diferentes, jasidismo y cristianismo respectivamente, y de diferentes concepciones del yo, para sendos filósofos cada persona es única. Y para ambos, el hombre es libre. Incluso, puede o no conocerse, desarrollar o no su Yo, y ser o no él mismo –eso es una decisión. Cuando es él mismo y se encuentra con Dios, alcanza el máximo desarrollo del Yo.

Para Kierkegaard, cada hombre es singular. Sin embargo, el hombre puede o no conocerse. Eso es una decisión. Así, el hombre puede vivir lejos de sí mismo, sin conocerse, sin conocer su Yo. Para ese filósofo, el hombre conoce a sí mismo cuando deseando ser él mismo, se profundiza en sí mismo. Y el máximo desarrollo del yo se da cuando el hombre deseando ser sí mismo, desde su transparencia, sumerge en sí mismo hacia Dios. Según Kierkegaard, ese es el máximo desarrollo del Yo.

Para Buber también cada hombre es singular. Y el hombre solamente alcanza la plenitud de su Yo si alterna la pronunciación de las dos palabras básicas Yo-Tú y Yo-Ello. La alcanza desde la pronunciación de la palabra básica Yo-Tú en las tres esferas del encuentro, desde su propio camino, en su cotidiano. En cada encuentro Yo-Tú, el alma del hombre se concentra y se fusiona –gana un grado más alto de fusión. El que pronuncia la palabra básica Yo-Tú en las tres esferas del encuentro, alcanza un alto grado de fusión del alma. En ese contexto, en el ámbito de la fe, puede pronunciar Yo-Tú directamente para Dios. El que lo hace sigue pronunciando Yo-Tú en las tres esferas del encuentro, además de vivir los encuentros de reciprocidad también con Dios.

Para Buber, el hombre que pronuncia Yo-Tú directamente para Dios vive la relación suprema. En cada encuentro con Dios, el Yo gana algo que antes no poseía, como una fuerza, un *plus*. El que la vive alcanza el máximo desarrollo del Yo.

Para Kierkegaard, el hombre vive en la desesperación. Y sólo consigue acabar con ella cuando deseando ser sí mismo sumerge en sí mismo hacia Dios. Sin Dios, el hombre no podría acabar con su desesperación. El que se encuentra con Dios alcanza el desarrollo máximo del Yo. En ese contexto, Dios es la medida del hombre.

Ese tema es muy relevante para una mejor comprensión del hombre, desde Kierkegaard y Buber, en lo que toca la singularidad de cada hombre, el desarrollo del yo, la presencia de Dios y la libertad.

2. El hombre, el desarrollo del Yo y la presencia de Dios, en la obra de Buber

Según Buber, el hombre actúa en el mundo desde dos palabras básicas. Cada una de ellas es formada por un par de palabras –Yo-Tú y Yo-Ello. Las dos palabras básicas son importantes y son inherentes a la Creación. El hombre necesita alternar la pronunciación de ellas mientras vive en el mundo. Estas dos palabras básicas denotan dos actitudes diferentes del hombre. Cuando el hombre pronuncia una de ellas elige una actitud. El Yo del hombre que pronuncia Yo-Tú tiene una intención diferente del Yo que pronuncia Yo-Ello.

Como las palabras básicas son dobles, la actitud del hombre en el mundo también es doble, el yo del hombre es doble y el mundo del hombre es doble, ese depende de la palabra básica que el hombre elige pronunciar. El Yo de la palabra básica Yo-Ello es el Yo de la objetividad, de la experimentación, de la utilización, etcétera. El Yo de la palabra básica Yo-Tú es el Yo del encuentro de reciprocidad. No obstante, el Yo tiene conciencia de sí mismo y de todos esos estados: “Ya sea viviendo en la relación o fuera de ella, el yo permanece asegurado en su conciencia de sí mismo, ese fuerte hilo de oro en el que se insertan los estados en toda su variedad” (BUBER, 2020: 103).

Según Buber, no hay posibilidad del hombre estar en el mundo fuera de una de esas dos palabras básicas. El yo siempre está vinculado al Tú o al Ello. Cuando el hombre habla Yo se refiere al Yo de una de las dos palabras básicas. Sobre las dos palabras básicas, Buber escribe: “El mundo como experiencia pertenece a la palabra básica ‘yo-ello’. La palabra básica ‘yo-tú’ establece el mundo de la relación” (BUBER, 2020: 55).

El hombre puede pronunciar Yo-Tú en las tres esferas del encuentro de reciprocidad, la esfera del encuentro con los seres de la naturaleza, con los hombres, y con las formas intellegibles¹. En la esfera del encuentro con los seres de la naturaleza, el encuentro de reciprocidad es infra-verbal en el sentido de que el ente con lo cual el hombre se encuentra no puede contestar Yo-Tú de la misma manera. La esfera del encuentro entre los hombres es la única en que el hombre puede pronunciar y contestar Yo-Tú de la misma manera –la única en que el hombre puede pronunciar y recibir Yo-Tú en el mismo lenguaje. La esfera del encuentro con las formas intellegibles es supra-verbal. El hombre pronuncia Yo-Tú con todo su ser y recibe la respuesta. Esa relación, mismo en el silencio, genera lenguaje. El encuentro Yo-Tú, en cada esfera, ocurre por gracia. El hombre no puede hacerlo ocurrir. El

1 Para la lengua inglesa esa esfera de encuentro está traducida como el encuentro del hombre con las “*intelligible forms*”. Para la lengua portuguesa está traducido como el encuentro del hombre con los ‘seres espirituales’. Para la lengua española está traducida como el encuentro del hombre con los “seres espirituales”. Voy a utilizar en ese artículo ‘formas intellegibles’ para hacer referencia a esa esfera del encuentro. Eso porque Buber ha revisado esa traducción para la lengua inglesa.

Tú se presenta con toda su singularidad al hombre, en cada una de las esferas, y lo ‘invita’ al encuentro de reciprocidad. El hombre decide si contesta con la palabra básica Yo-Tú² y vive la relación de reciprocidad o si contesta Yo-Ello.

La esfera del encuentro con los seres de la naturaleza es la esfera de la cual el hombre puede sustraer el físico, el mundo de la consistencia, de la materialidad, del tangible. De la esfera del encuentro entre dos seres humanos, el hombre puede sustraer el afectivo, la psique. De la esfera del encuentro con las formas inteligibles el hombre sustrae el noético, el mundo de la validez.

El hombre sustrae de cada esfera su respectiva presencia y –en el ámbito de la abstracción, de la opacidad, de la utilización y de la experiencia– cada una de ellas es transformada en Ello. Y mismo que en el mundo del Ello el hombre atribuya sustantivos radiantes a cada una de ellas como, por ejemplo, cosmos, eros, logos, esos solamente hacen referencia al mundo del Ello –son abstracciones. Ellas no dan actualidad al hombre –sin actualidad, sin presencia, sin encuentros de reciprocidad esos ‘mundos’ se quedan opacos.

Cosmos, eros y logos sólo se dan realmente para el hombre si él pronuncia Yo-Tú. En cada encuentro de reciprocidad, en cada esfera, el hombre siente la orilla de Dios. Para Buber, el hombre sólo posee vida en el Espíritu cuando pronuncia Yo-Tú. Y cuando lo hace aírea el mundo del Ello. El espíritu está entre el Yo y el Tú, en cada encuentro de reciprocidad: “El espíritu no está en el yo, sino entre yo y Tú” (BUBER, 2020: 83). Para Buber, Dios es el centro de todo. Si el hombre se desvincula de esa realidad ya no hay realidad ni presencia. Si el hombre no actúa en el espíritu, si no pronuncia Yo-Tú, si él actúa solamente en el mundo del Ello ya no hay realidad ni actualidad: “Sólo en virtud de su fuerza relacional el hombre es capaz de vivir en el espíritu” (BUBER, 2020:83). Sobre la presencia del Tú eterno en cada una de las esferas y de la actuación del hombre, Buber escribe:

En efecto, sólo hay en verdad cosmos para el ser humano si el todo se convierte para él en morada con hogar sagrado en el cual él ofrezca sacrificio; y sólo hay eros para él si los seres se convierten para él en imágenes de lo eterno, y la comunidad con ellos en revelación; y sólo hay logos para él si evoca el misterio con obras y servicio al espíritu (BUBER, 2005: 89).

Cuando el hombre pronuncia Yo-Tú, su alma se concentra y se fusiona. Según Buber: “La palabra básica ‘Yo-Tú’ sólo se puede pronunciar con todo el ser. La concentración y

2 El hombre es libre y puede decidir si contesta Yo-Tú o Yo-Ello. No obstante, el hombre actualiza su libertad, es verdaderamente libre, en la pronunciación de la palabra básica Yo-Tú: “Mientras el cielo del tú se extiende sobre mí, los vientos de la causalidad se esconden en mis talones y se congela el torbellino de la fatalidad” (BUBER, 2020: 58).

la fusión en el ser entero nunca puede ocurrir a través de mí, pero tampoco sin mí. Yo requiero el tú para devenir; al devenir yo, digo tú. Toda vida real es encuentro” (Buber, 2020:60). El hombre sólo puede hablar Yo-Tú con todo su ser. Así, el hombre está presente por entero cuando pronuncia Yo-Tú. En esa pronunciación están presentes sus instintos, deseos, emociones, sus capacidades intelectivas superiores, sus sentimientos, etcétera – alma y cuerpo están unificados en una totalidad, en una unidad. Ninguna de aquellas características es preponderante sobre las otras cuando el hombre pronuncia Yo-Tú, todas aquellas forman una unidad.

El encuentro de reciprocidad es realidad, es actualidad. “Sólo cuando el tú se torna presente se origina la presencia” (BUBER, 2020:61). Desde el camino singular de cada hombre, en su cotidiano, es que el hombre establece relaciones de reciprocidad en las tres esferas del encuentro. Y en cada encuentro de reciprocidad, en cada esfera del encuentro, el hombre vislumbra la orilla del Tú eterno, de Dios. Sobre eso, Buber escribe: “En cada esfera, a través de todo lo que deviene presente para nosotros, miramos hacia la orla del eterno tú; en cada uno percibimos un hálico de él, en cada tú nos dirigimos a lo eterno, en cada esfera a su manera” (BUBER, 2020:56).

En la esfera del encuentro entre los hombres, cuando el hombre pronuncia Yo-Tú, del Tú sólo puede saber lo que conoce en el encuentro. Sobre eso, Buber escribe:

Cuando vamos por nuestro camino y nos encontramos con una persona que viene a nuestro encuentro y también va por su camino, sólo conocemos nuestra parte del camino, no la suya; la suya la experimentamos únicamente en el encuentro. De lo que tenemos que ocuparnos, de lo que tenemos de preocuparnos, no es de la otra parte, sino de la nuestra, no es de la gracia, sino de la voluntad. La gracia nos concierne en la medida en que salimos hacia ella y persistimos en su presencia, pero no es nuestro objeto. El Tú me confronta, pero yo entro en una relación directa con él. Así, la relación consiste en ser elegido y elegir, en actitud pasiva y activa a un mismo tiempo. Pues la acción de todo el ser suprime todas las acciones parciales y, por lo tanto, también, todas las sensaciones de acciones (que dependen enteramente de la naturaleza limitada de las acciones) y, en consecuencia, ha de asemejarse a la pasividad (BUBER, 2020: 114).

Como comentado, en cada encuentro de reciprocidad, en cada esfera, el hombre gana un grado más alto de fusión de su alma. En cada encuentro de reciprocidad, el alma del hombre cambia en el sentido de quedarse más unificada y fusionada –menos ambivalente. Así, desde la pronunciación de la palabra básica Yo-Tú en las tres esferas del encuentro el hombre se desarrolla hacia la plenitud del Yo. Gana un alto grado de fusión del alma. En ese contexto, el hombre puede vivir un encuentro de reciprocidad con el propio Dios³.

3 Sobre Dios, Buber escribe: “Por supuesto, Dios es ‘lo completamente diferente’; pero también es el enteramente mismo: lo por completo presente. Por supuesto, es el *mysterium tremendum* que aparece y subyuga, pero también es el secreto de lo evidente que me es más cercano que mi propio yo” (BUBER, 2020: 117).

Como mencionado, el hombre sólo puede pronunciar Yo-Tú con el alma concentrada. Esa concentración se da naturalmente en la pronunciación de la palabra básica Yo-Tú, en el cotidiano del hombre. No es necesario aislarse del contacto con los otros hombres y de las cosas para concentrar el alma.

Sin embargo, puede ocurrir que el hombre sienta necesidad de aislarse por un momento para pensar, estar en soledad con el objetivo de concentrarse en sí mismo, para unificar su alma y volver al contacto con los otros hombres y con las cosas – con el alma más concentrado. Sobre eso, Buber escribe: “Si llamamos soledad a apartarse de experimentar y usar cosas, entonces siempre se requiere *con objeto de llegar a cualquier acto de la relación, y no sólo a la suprema*” (BUBER, 2020:138) [Destacado mío].

El hombre que ya alterna la pronunciación de las dos palabras básicas en las tres esferas del encuentro y que ya posee un alto grado de fusión de su alma, puede vivir el encuentro de reciprocidad con el propio Dios –la relación suprema. Ese encuentro ocurre en el cotidiano del hombre. No es necesario alejarse del mundo y de los otros hombres para vivirlo. El hombre que ya vive la relación Yo-Tú también con Dios sigue pronunciando Yo-Tú en las tres esferas del encuentro. No obstante, en el ámbito de la fe, también puede ocurrir que él decida estar en soledad algunos momentos para concentrarse. En ese contexto, con el deseo de vivir el encuentro de reciprocidad con Dios. Según Buber:

Si la soledad es el lugar de la purificación, que también es necesaria para el que está unido por la relación antes de entrar en el sanctasanctórum, y que también resulta necesaria en medio de sus tribulaciones, entre sus inevitables fracasos y su ascenso para probarse a sí mismo, pues bien, para esta soledad es para la que hemos sido creados (BUBER, 2020: 138).

Así, el que ya vive la relación Yo-Tú con Dios, puede alejarse de los otros hombres y de las cosas, por un momento, para pensar y concentrar su alma – en ese contexto para la posibilidad del encuentro Yo-Tú con Dios. Como, por ejemplo, de la unificación del alma, Buber cita los ejercicios de la mística para la concentración del alma:

En primer lugar, el alma puede formar una unidad. Esto no es algo que acontezca entre el hombre y Dios, sino sólo en el hombre. Todas las fuerzas se concentran en un núcleo, todo lo que pretenda distraerlas se frena, y el ser permanece solo en sí mismo y se regocija, como dice Paracelso, en su exaltación. Éste es el instante decisivo del hombre. Sin él no es apto para la obra del espíritu. Con él se decide en lo más hondo de su ser si esto significa preparación o satisfacción (BUBER, 2020: 123).

En ese contexto, el que concentra su alma decide si descansa sobre su alma concentrada o si pronuncia Yo-Tú. Desde los ejercicios de la mística, en el ámbito de la fe, el hombre puede concentrar su alma y contestar Yo-Tú para el propio Dios. Sin embargo, el que sólo descansa sobre su alma concentrada no la fusiona. Sólo en la pronunciación de la palabra básica Yo-Tú el alma del hombre se fusiona. De ese modo, para Buber, la

unificación del alma no es un fin en sí misma y ni es el fin, es el inicio en el sentido de que el hombre concentra su alma para pronunciar Yo-Tú. Sobre la concentración del alma y el encuentro de reciprocidad con Dios desde aquellos ejercicios, Buber escribe: “El hombre concentrado en una unidad, puede partir hacia el encuentro, ahora perfecto, con el misterio y la salvación. Pero también puede gozar de la bendición de la unidad y, sin recordar su suprema obligación, regresar a la distracción” (BUBER, 2020: 123).

Como comentado anteriormente, el hombre que pronuncia Yo-Tú lo hace con todas sus fuerzas – todo lo que hace parte del hombre está presente, como una unidad, en esa pronunciación. Sobre la concentración del alma, Buber escribe: “Así pues, el yo unificado, como ya he mencionado, la unificación del alma, ocurre en la actualidad vivida: la concentración de todas las fuerzas en el núcleo, el instante decisivo del hombre” (BUBER, 2020: 125). En el ámbito de la fe, desde esa concentración, puede que el hombre viva el encuentro de reciprocidad con Dios. Contestar Yo-Tú es una decisión.

Según Buber, en el ámbito de la fe, el hombre que tiene una vida en el espíritu –que pronuncia Yo-Tú en las tres esferas del encuentro y que vive la relación Yo-Tú también con Dios– ha sobrepasado el deber y la obligación con relación a los otros hombres y las cosas del mundo. Pero no porque se ha alejado del mundo y de los otros hombres, sino porque se ha comprometido completamente con el mundo y con los otros hombres. En ese contexto, el hombre sobrepasa el deber y la obligación porque entra en la plenitud de su ser y se compromete de manera mucho más intensa y profundizada con el mundo y con las otras personas, si comparado al hombre que aún no pronuncia Yo-tú directamente para Dios.

3. El hombre, el desarrollo del Yo y la presencia de Dios en la obra de Kierkegaard

Desde una concepción diferente de Yo y una creencia diferente, de la que tiene Buber, para Kierkegaard también cada hombre es singular, es libre y puede desarrollar su Yo, incluso hacia el encuentro con Dios. También para Kierkegaard, ese es el máximo desarrollo del Yo. Para ese filósofo, el hombre sólo encuentra a Dios cuando deseando ser sí mismo, desde su transparencia, sumerge en sí mismo hacia Dios.

La categoría del individuo es primordial en Kierkegaard. En lo que toca el individuo, para ese filósofo, el hombre que vive en la estética es solamente una individualidad más en el mundo. Un hombre más enfocado sólo en el mundo externo. Sin embargo, el hombre puede salir de la alienación respecto sí mismo y saltar hacia el estadio de la ética. Y desde allí el hombre puede dar un salto para el estadio religioso.

El individuo que está en el estadio ético o en el estadio religioso tiene conciencia, aunque en grados diferentes de concientización, de que es un individuo singular, de que tiene libertad para elegir acerca de sus actitudes y que tiene responsabilidad con relación a sí mismo y sus actos. Sobre la singularidad de cada hombre, Kierkegaard escribe: “esa singularidad en la cual se es plenamente uno para sí mismo” (KIERKEGAARD, 2017: 15). Para ese filósofo, cada persona es única, singular y puede desarrollar su Yo único hacia el estadio religioso – ese es el desarrollo máximo que el yo puede alcanzar. Cada hombre es un espíritu inmortal, y está en relación con sí mismo, con su propio yo. Para Kierkegaard, el yo es una síntesis de términos que están en relación. Respecto a la síntesis del yo, Kierkegaard escribe:

El hombre es una síntesis de infinito y finito, de temporal y eterno, de libertad y necesidad, en resumen, una síntesis. Una síntesis es la relación de dos términos. Desde este punto de vista el yo todavía no existe. En la relación de dos términos, la relación entra como tercero, como unidad negativa, y los términos se relacionan a la relación, existiendo cada uno de ellos en su relación con la relación; así, por lo que se refiere al alma, la relación del alma con el cuerpo no es más que una simple relación. Si, por el contrario, la relación se refiere a sí misma, esta última relación es un tercer término positivo y nosotros tenemos el yo. (...) Si la relación que se refiere a sí misma ha sido planteada por otra, esa relación ciertamente es un tercer término, pero un tercer término es todavía al mismo tiempo una relación, es decir que se refiere a lo que ha planteado toda la relación. Una relación semejante, así derivada o punteada, es el yo del hombre: es una relación que se refiere a sí misma, y haciéndolo, a otra (KIERKEGAARD, 2017: 13).

Para Kierkegaard, el hombre vive en la desesperación, aunque no posea conciencia de ella. Y sólo no consigue alcanzar el equilibrio de la relación interna del Yo, de los términos que están en relación. El Yo del hombre además de estar en relación con sí mismo, está también referido a aquél que lo ha planteado –está también referido a Dios. En ese contexto, para Kierkegaard, el hombre solamente puede encontrar el equilibrio de la relación de aquellos términos, si sumerge en sí mismo hacia Dios:

Lo que en efecto traduce esta fórmula es la dependencia del conjunto de la relación, que es el yo, es decir, la incapacidad del yo del alcanzar por sus solas fuerzas el equilibrio y el reposo; no puede hacerlo en su relación consigo mismo más que refiriéndose a lo que ha planteado el conjunto de la relación (KIERKEGAARD, 2017: 14).

Aunque todo dependa del hombre, de las decisiones que el hombre tenga a cada momento, el hombre no consigue el equilibrio de aquellos términos por sí mismo. Para ese filósofo, hay una dependencia del hombre con relación a Dios y también una libertad de decisión a todo momento.

Para que el desarrollo del Yo ocurra y que el hombre pueda salir del estadio de la estética y pasar para el estadio de la ética y de ese para el estadio religioso es necesario que cada persona sea sí misma. Kierkegaard denuncia que las abstracciones hechas para

definir y comprender al hombre lo alejan del conocimiento de sí mismo, de su singularidad. Para ese filosofo, las otras personas, las demandas de la sociedad, las abstracciones sobre el hombre – que hacen de ese sólo un individuo más en medio de otros –pueden dificultar que el hombre se conozca y sea sí mismo en toda su plenitud.

Sin embargo, aunque en medio a los procesos sociales que intentan masificar las personas y en medio a las abstracciones sobre el hombre – que turban la visión de cada persona con relación a su singularidad – desde la estructura del yo singular que es cada uno hay una tendencia para la realización de sí mismo. Sobre esta disposición estructural del yo para ser él mismo, Kierkegaard escribe: “Nuestra estructura original, en efecto, siempre está dispuesta como un yo debiendo devenir él mismo; y como tal, un yo ciertamente nunca carece de ángulos, pero de esto sólo se desprende que hay que darles consistencia y no suavizarlos” (KIERKEGAARD, 2017: 55).

Aunque la estructura del yo tenga una disposición para ser sí mismo en toda su singularidad, eso solamente se realiza desde las decisiones del hombre a ese respecto – todo depende del hombre y eso es la desesperación. Según Kierkegaard, la desesperación hace parte del ser del hombre y se relaciona con la síntesis del Yo. El hombre es completamente responsable por ser él mismo. Y concomitantemente a su responsabilidad personal por ser él mismo, el hombre solamente desarrolla su yo al máximo si entra en relación con su creador –si entra en relación con Dios. Y eso también es responsabilidad del hombre. Sobre la desesperación y la responsabilidad del hombre por ser sí mismo, Kierkegaard escribe:

¿De dónde viene, pues, la desesperación? De la relación en la cual la síntesis se refiere a sí misma, pues Dios, haciendo del hombre esa relación, le deja como escapar de su mano, es decir que, desde entonces, la relación tiene que dirigirse. Esta relación es el espíritu, el yo, y allí yace la responsabilidad, de la cual depende siempre toda desesperación (...) (KIERKEGAARD, 2017: 19).

Según Kierkegaard, el hombre común denomina muchas situaciones de la vida concreta como desesperantes. Sin embargo, la verdadera desesperación es el del alma inmortal. En el ámbito de las desesperaciones que el alma puede vivir, la perdida del yo es desesperante y es un peligro que el hombre vive mientras está en ese mundo. El mundo no tiene una preocupación con el yo, por lo contrario, suele enfocar la atención solamente en las cosas materiales. Según Kierkegaard: “El peor de los peligros, la perdida de ese yo, puede darse entre nosotros de modo tan desapercibido como si se tratara de nada” (KIERKEGAARD, 2017: 54).

Como ya comentado, según Kierkegaard, la desesperación está presente en el hombre, aunque él no tenga conciencia de ella. La gran mayoría de los hombres no son conscientes

de su desesperación. Cuanto más el hombre tiene conciencia de sí mismo más grande es su desesperación.

Aunque la desesperación sea mediocre, es siempre desesperación y es importante como posibilidad de que el hombre desarrolle una conciencia de sí mismo. La intensidad de la desesperación tiene mérito para el esteta, eso porque ese se interesa por la fuerza, por la intensidad. Pero, la desesperación en una intensidad superior a la desesperación mediocre, tampoco garantiza que el hombre decidirá sumergir en sí mismo y conocerse. Incluso hacia la busca por Dios.

Cuando el hombre tiene alguna conciencia de su propio Yo, puede vivir la desesperación por ser sí mismo o por no ser sí mismo. Cuando el hombre se siente desesperado, muchas veces, sólo vislumbra su desesperación. En ese contexto, él puede no poseer certeza del origen de su desesperación, puede buscar explicaciones externas para aquella, o aún huir de ella hacia el trabajo y otras actividades. Sin embargo, desde la conciencia de la desesperación, esa crece. Sólo cuando el hombre desea ser sí mismo y desde la fe busca a Dios, sale de la desesperación. Al respecto, Kierkegaard escribe:

Pero lo contrario de desesperar es creer; lo que se ha expuesto como fórmula de un estado en el cual la desesperación es eliminada, se encuentra, pues, siendo también fórmula de la fe: refiriéndose a uno mismo, queriendo ser uno mismo, el yo sumérjase a través de su propia transparencia en el poder que le ha planteado (KIERKEGAARD, 2017: 90)

Según el filósofo, abstractamente se puede hacer un análisis de la desesperación desde la relación de cada uno de los términos que están en relación en la síntesis del Yo, y con la cual él se relaciona. En la desesperación puede pasar de uno de los términos que está en relación dialéctica con su opuesto – en la síntesis que es el yo – haga el papel del término opuesto. En ese contexto, la desesperación vive una de las polaridades del par que debería estar en relación como, por ejemplo, finito e infinito. Y el Yo no vive la relación dialéctica entre los términos opuestos.

Así, en la desesperación de finito y de infinito el yo puede vivir una desesperación de falta de finito – una desesperación de infinitud. Cuando no hay la presencia de la finitud como opuesto del infinito, el hombre vive en abstracciones respecto todo, el hombre se pierde en el imaginario. Un hombre que vive en la desesperación de la falta de finito vive lejos de su yo, en el imaginario él se aleja tanto de sí mismo, de sus posibilidades singulares, que acaba por perder su yo. Esa es una pérdida de sí mismo que Kierkegaard considera difícil de detectar. Y como el hombre solamente puede vivir el estadio religioso cuando se profundiza en sí mismo, el hombre que está en la desesperación de infinitud no consigue vivir el estadio religioso. Según Kierkegaard: “La orientación hacia Dios dota al yo

de infinito, pero aquí esta infinitación, cuando lo imaginario ha devorado el yo, no arrastra el hombre más que a una embriaguez vacía” (KIERKEGAARD, 2017: 53).

En el ámbito de la dialéctica entre finito e infinito, el hombre puede vivir la desesperación de finito o la falta de infinito. En ese contexto, el yo se pierde de sí mismo en medio las cosas del mundo. El hombre no es sí mismo, él es aquello que la sociedad ha dicho que todo hombre debe ser. Sobre eso, Kierkegaard escribe: “Y no se trata aquí, naturalmente, más que de estrechez e indigencia morales” (KIERKEGAARD, 2017: 54). El hombre que vive la desesperación de la falta de infinito se preocupa en atender las exigencias de la sociedad en general y de las otras personas. Enfoca su atención sólo en las cosas del mundo. Ese hombre generalmente es socialmente exitoso y las personas no perciben que él ha perdido su yo. En ese contexto, generalmente, el hombre vive en la estética o en la omisión con relación a las otras personas y con relación a sí mismo. Según Kierkegaard: “(...) ese desesperado se olvida de sí mismo, olvida su nombre divino” (KIERKEGAARD, 2017: 56).

En la síntesis del yo, el hombre vive también la relación dialéctica de lo posible y de la necesidad. Sobre eso, Kierkegaard escribe: “El yo contiene tanto de posible como de necesidad, pues es él mismo, pero también tiene que devenirlo⁴. Es necesidad, puesto que es él mismo, y posible, puesto que debe devenir” (KIERKEGAARD, 1994: 48). No obstante, puede pasar que uno de esos términos que están en relación dialéctica sea percibido por el Yo como el término opuesto. En ese contexto, el hombre vive la desesperación de estar en uno de aquellos dos polos, sin vislumbrar el polo opuesto.

Así, el hombre puede vivir la desesperación de lo posible o de la falta de necesidad. En ese contexto, los posibles se multiplican para el hombre y él se pierde en todas las posibilidades sin verdaderamente realizar ninguna de ellas. Se puede pensar que el hombre perdido en lo posible carece de realidad, pero él carece de necesidad. El posible y la necesidad se unen en la realidad. Sobre la desesperación de lo posible o de falta de necesidad, Kierkegaard escribe: “Lo posible, en verdad, contiene todos los posibles y, por lo tanto, todos los descarriamientos, (...) En lugar de referir lo posible a la necesidad, el deseo lo sigue hasta perder el camino de regreso a sí mismo” (KIERKEGAARD, 2017: 64).

En la desesperación de la necesidad y de la falta de lo posible, el hombre no consigue vislumbrar lo posible para sí en cada situación. Así no puede realizarlo y vive aplastado por

4 El Yo sólo consigue devenir sí mismo con toda libertad, si vive la relación dialéctica entre la necesidad y lo posible: “Lo posible y la necesidad son igualmente esenciales al yo para devenir (pues ningún devenir, en efecto, existe para el yo si no es libre). Como necesita infinito y finito, el yo igualmente requiere lo posible y la necesidad” (KIERKEGAARD, 1994: 48).

la realidad sin posible. El que no vislumbra lo posible, se queda sólo en el determinismo y en la fatalidad: “El Yo del determinista no respira, pues la necesidad pura es irrespirable y asfixia fácilmente al yo” (KIERKEGAARD, 1994: 53). En ese contexto, el hombre vive el concreto de una manera tan intensa que le es asfixiante –la realidad sin posible lo asfixia: “Al fatalismo y al determinismo le falta la posibilidad de amainar y suavizar, le falta la posibilidad para atemperar la necesidad, en una palabra: la posibilidad en cuanto suavidad” (KIERKEGAARD, 1984: 73).

Kierkegaard compara el desespero de lo posible a los balbuceos de la infancia, como se fueran las vocales, y el desespero de la necesidad a las consonantes. Así, metafóricamente, el hombre que vive la relación dialéctica entre posible y necesidad consigue expresar esa relación como en un lenguaje. Pero, el hombre que vive la desesperación de la falta de la necesidad, puede solamente balbucear las vocales. Y el hombre que vive la desesperación de la falta de lo posible está tan aplastado por la necesidad que desde esa está como mudo. Sobre la desesperación de la necesidad, Kierkegaard escribe: “Carecer de posible significa que todo se nos ha hecho necesidad o trivialidad” (KIERKEGAARD, 2017: 71).

La desesperación flaqueza es la desesperación en que la persona no quiere ser sí misma. En ese ámbito está la desesperación de lo temporal o la desesperación de algo temporal, esa es la más común. En esa generalmente el hombre tiene alguna relación con su propio yo, aunque sea una relación muy superficial. En ese contexto, el individuo enfoca en el mundo externo y en el inmediato. Las cosas que le suceden, buenas y malas, son vistas siempre como siendo de origen externa –el hombre no se siente responsable por ellas. Muchas veces, el individuo está tan desconectado de sí mismo que cuando vive situaciones desagradables le gustaría ser otra persona. No obstante, así que el problema que le molestaba pasa, el hombre de lo inmediato se queda satisfecho con su propia vida y su propio yo– si todo le sale bien.

Desde la desesperación flaqueza, el hombre puede avanzar hacia alguna noción de yo. En ese contexto, el hombre empieza a hacer alguna reflexión sobre sí mismo, es el inicio de una relación con sí mismo. En esa el yo, aunque no logre desvincularse de lo inmediato, defiende su yo. Su actitud sigue siendo pasiva en el sentido de esperar que las situaciones desagradables –conflictos internos o problemas externos – pasen. Sin embargo, hay un movimiento del hombre en el sentido de buscar algún contacto con sí mismo. En ese estadio, él no desea ser otra persona, pero, cuando tiene conflictos internos, aunque no quiera ser otro, no desea ser sí mismo y enfoca en el mundo externo – en la expectativa que aquellos conflictos se resuelvan. Sólo vuelve a relacionarse con sí mismo cuando el conflicto se resuelve o ya no lo amenaza. Desde ese estadio, el hombre

puede desesperarse de lo temporal como una totalidad y llegar hacia la desesperación de lo eterno o de sí mismo. Sobre la desesperación de lo temporal, Kierkegaard escribe:

¿No existe pues una diferencia esencial entre esos dos términos empleados hasta aquí como idénticos?: La desesperación de lo temporal (indicando la totalidad) y la desesperación del algo temporal (¿indicando un hecho aislado?) Pues sí. Desde el momento en que el yo, con una pasión infinita en la imaginación desespera de algo temporal, la pasión infinita realza ese detalle, ese algo, hasta recubrir lo temporal *in toto*, es decir que la idea de totalidad está en el desesperado y depende de él. Lo temporal (como tal) es precisamente lo que se desmorona en el hecho particular. En la realidad es imposible perder todo lo temporal o quedar privado de él, pues la totalidad es un concepto. Por lo tanto, el yo desarrolla ante toda la pérdida real hasta el infinito, y luego desespera de lo temporal *in toto* (KIERKEGAARD, 2017: 114).

Desde la desesperación de lo temporal *in toto*, el hombre puede vivir la desesperación de lo eterno o de sí mismo. En ese estadio, el hombre percibe la eternidad. Él se desespera y siente vergüenza por desesperarse de las cosas temporales. Sin embargo, el hombre no consigue humillarse delante de Dios y declarar su debilidad. Él sigue revolviendo el sentimiento de vergüenza respecto su debilidad. Sobre ese estadio, Kierkegaard escribe: “Además aquí hay más conciencia de lo que es la desesperación, que no es en efecto otra cosa que la pérdida de la eternidad y de sí mismo” (KIERKEGAARD, 2017: 116). Ese estadio es un avance en la relación con sí mismo, pero, el yo siente vergüenza de su flaqueza y no la supera. El hombre es más hermético en ese estadio y puede pasar horas consigo mismo, incluso pensando sobre su flaqueza.

El hombre puede avanzar hacia la desesperación por ser sí mismo. Desde esa el yo se desespera de lo eterno y quiere ser sí mismo. Esa desesperación puede conducir el hombre hacia la fe. No obstante, el hombre quiere tanto estar en el control de sí mismo que teme estar bajo el poder de Dios. El hombre teme perder el control de su yo. Y desesperado no consigue devenir su Yo singular⁵.

5 Para Kierkegaard, cada Yo es singular y es planteado por Dios. Y el que está desesperado para ser sí mismo, si no salta para el estadio religioso, tampoco consigue devenir su Yo singular. Sobre eso, ese filósofo escribe: La desesperación en la cual se quiere ser uno mismo exige la conciencia de un yo infinito, que en el fondo no es más que la forma más abstracta del yo, la más abstracta de sus posibles. Es ese el yo que el desesperado quiere ser, desprendiéndolo de toda relación con un poder que lo ha planteado, arrancándolo a la idea de la existencia de un poder semejante. Con ayuda de esa forma infinita, el yo quiere desesperadamente disponer de sí mismo o, creador de sí mismo, hacer de su yo el yo que él quiere devenir, elegir lo que admitirá o no en *su yo concreto*. *Pues éste no es una concreción cualquiera, es la suya, y ella comporta, en efecto, necesidad, límites, es un determinado preciso, particular, con sus cualidades, sus recursos, etc.* Pero con la ayuda de la forma infinita que es el yo negativo, primero el hombre se empecina en transformar ese todo para lograr así un yo a su gusto (...) negándose a endosar su yo, a ver su tarea en ese yo que le ha tocado en suerte, quiere mediante la forma infinita que se encarniza en ser, construir él mismo su Yo” (KIERKEGAARD, 1994: 83) [Destacado mío].

En ese contexto, cuando el hombre tiene problemas rehúsa pedir la ayuda de Dios. No le gusta la idea de humillarse y estar bajo el control de Dios – el hombre prefiere sufrir. En esa desesperación, el hombre no quiere perder el control de su propia vida. Como no puede librarse del sufrimiento sin la ayuda de Dios, él se arroja a su sufrimiento, a su rabia y a su desesperación. Sobre eso, Kierkegaard escribe:

Y en ésta, incluso ni es por manía estoica de sí mismo o auto idolatría que el yo quiere ser él mismo; (...) no, quiere por odio a la existencia y según su miseria; y ese yo, incluso no es por rebeldía o desafío que se empecinan en ello, sino para comprometer a Dios; no quiere por rebeldía arrancarla al poder que la creó, sino imponérsela (...) Por su rebelión misma contra la existencia, el desesperado se enorgullece de tener en la mano una prueba contra ella y contra su bondad. Cree que él mismo es esa prueba y como quiere serla, quiere pues ser él mismo, sí, ¡con su tormento!, para protestar toda la vida por medio de ese tormento mismo (KIERKEGAARD, 2017: 142).

En el ámbito de la desesperación, como ya comentado, el hombre puede huir de sí mismo, puede desesperarse para no ser sí mismo o para serlo. Según ese filosofo, muchos hombres no tienen conciencia que son un espíritu inmortal. Conocen su yo solamente como un cuerpo tangible. Sin embargo, cada hombre es un espíritu inmortal: “El hombre es espíritu. ¿Pero qué es el espíritu? Es el yo” (KIERKEGAARD, 2017: 12).

Como ya se ha visto, para Kierkegaard, cada Yo es singular. El que se pierde en la desesperación de lo posible, no percibe que su Yo es singular, que está planteado por Dios, que tiene sus habilidades, límites, etc. Sobre la singularidad del Yo y el que vive la desesperación de lo posible, Kierkegaard escribe: “(...) su desgracia consiste en no haber caído en la cuenta de sí mismo, en no haberse apercibido de que el yo que él es representa algo completamente determinado y en cuanto tal una necesidad” (KIERKEGAARD, 1984: 67). Para ese filósofo, el hombre sólo es sí mismo cuando desea serlo y dedica a conocerse. Y, para Kierkegaard, el desarrollo máximo del Yo⁶ ocurre cuando el hombre deseando ser sí mismo, sumerge en sí mismo hacia Dios. A respeto de las graduaciones del conocimiento del hombre sobre sí mismo, y de su desarrollo máximo cuando entra también en relación con Dios, ese filósofo escribe:

Esta graduación de la conciencia, se ha visto hasta aquí desde el ángulo del yo humano, del yo cuya medida es el hombre, como se ha tratado. Pero este mismo yo ante Dios, adquiere por este hecho, una cualidad o una calificación nueva. No sólo es ya el yo humano, sino también lo que llamaría – con la esperanza de nos ser mal comprendido

⁶ El encuentro con Dios, en la obra de Kierkegaard, se da en el ámbito de la fe. En ese contexto, el hombre que ya ha dedicado a conocerse, busca también la relación con Dios. Sobre eso, Kierkegaard escribe: La fe, en efecto, consiste en que *el yo, siendo sí mismo y queriéndolo ser, se fundamenta lúcido en Dios*” (Kierkegaard, 1984:125). Destacado mío.

– el yo teológico, el yo ante Dios. iy que realidad infinita no adquiere entonces por la conciencia de estar ante Dios, el yo humano ahora la medida de Dios! (KIERKEGAARD, 1994: 96).

Para Kierkegaard, el encuentro con Dios es realidad. Para ese filósofo, cuando el hombre sustituye Dios por la idea de una inteligencia superior – que no es Dios – quita lo que hay de más elevado en el cristianismo, quita la idea de la presencia del propio Dios y de la relación personal del hombre con Dios.

4. Conclusión

Tanto para Kierkegaard como para Buber, cada hombre es singular, libre y responsable por el desarrollo de su propio Yo.

Para Buber, el hombre desarrolla su yo en los encuentros de reciprocidad. Cada vez que pronuncia la palabra básica Yo-Tú, el hombre vive la actualidad y su alma concentrada se fusiona. Y en cada encuentro de reciprocidad, en cada una de las tres esferas del encuentro, el hombre puede sentir la orilla de Dios. El que alcanza la plenitud de su yo puede pronunciar Yo-Tú directamente para el propio Dios. El que lo hace vive la relación suprema y su Yo gana un *plus*.

Para Kierkegaard, el desarrollo del Yo se da cuando el hombre desea ser él mismo y conoce a sí mismo, conoce su Yo – sumerge en sí mismo. El que lo hace puede profundizar en sí mismo hacia Dios. En ese contexto, el hombre alcanza el estadio máximo del desarrollo del Yo – él pasa a poseer a Dios como medida. Para ese filósofo, el Yo crece con la idea de Dios.

Para ambos filósofos, desde diferentes creencias y concepciones del Yo, el hombre que desarrolla su propio Yo y entra en la relación con Dios, alcanza el máximo desarrollo del Yo.

Referencias bibliográficas

- BUBER, M. (2020). *El principio dialógico*. Tr. J.R. Hernández Arias. Madrid: Hermida.
- BUBER, M. (2005). *Yo y Tú*. Madrid: Caparrós.
- KIERKEGAARD, S.A. (2017). La enfermedad mortal. Barcelona: Herder.
- KIERKEGAARD, S. A. (1984). La enfermedad mortal. Tr. D.G. Rivero. Madrid: Proyectos Editoriales.
- KIERKEGAARD, S. A. (1994): Tratado de la desesperación. Tr. J.E. Holstein. Barcelona Fontana.